

LA MUJER BARBUDA

Suplemento Cultural de La Voz del Tajo. Año II. N° 52. 22 de Junio de 1985



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Casanova en Toledo

Así son las cosas. Me había propuesto hablar en breve del viaje a Toledo del torinés Baretti, al que dejamos cuando salía de Talavera, y he aquí que, antes de dar con las cartas que escribió a propósito de aquella ciudad, se nos cruza en el camino el veneciano Giacomo Casanova; y se nos cruza con sus verdaderas memorias, a las que tituló *Historia de mi vida*, cuya publicación no se inició, aunque parezca mentira, hasta el año 1960. Es una historia, la de este texto, tan triste como apasionante, puesto que cuanto el público ha sabido durante casi siglo y medio de aquel antitenorio que se enamoraba siempre de las mujeres cuyos favores solicitaba y casi siempre obtenía, no es su auténtica autobiografía, aunque algunos de sus editores se hayan atrevido a decir que en el texto falsificado hay más verdad casanoviana que en el verdadero.

Casanova escribió sus memorias en francés y, como quiera que sus primeros editores no consideraron bueno a su estilo, no se les ocurrió más que dárselas a corregir a un profesor de Dresde, llamado Jean Laforque. Es evidente que, como le dijo Crébillon a Casanova, éste hablaba el francés de manera que se hacía comprender perfectamente, pero todo lo que decía no era más que italiano disfrazado de francés. Y el mismo Crébillon, de cuya sabiduría literaria no es lícito dudar, le comentó, entre otras cosas: "Incluso os diré que vuestra jergonza está hecha para captar el sufrimiento de los que os escuchan, porque es singular y nueva, y estáis en un país en donde se corre tras todo lo que es singular y nuevo". Que Laforque no pensaba como Crébillon es evidente puesto que no sólo aceptó el encargo de poner en francés académico el extraordinario libro de Casanova, sino que, como tampoco compartía sus opiniones, quitó y añadió cuando le pareció oportuno a las memorias hasta que consiguió una imagen bastante deformada de la insustituible visión de la Europa del siglo XVIII que ofrecían sus páginas. En lo que a Toledo se refiere, las correcciones de Laforque son, en este sentido, mínimas pero innecesarias como no tardaremos en comprobar.

Cuando el erudito, políglota, aventurero, cabalista, financiero, jugador, viajero, frecuentador, de reyes para abajo, de las gentes más importantes de Europa, en fin, cuando Casanova se decidió a venir a España, ex-

pulsado de Francia por haber amenazado con darle un puntapié en el culo a un impertinente y joven aristócrata francés, vino, según él mismo creía, a la tierra de sus antepasados. Sus memorias comienzan, en efecto, con estas palabras: "El año 1428, don Jacobo Casanova, nacido en Zaragoza, capital de Aragón, hijo natural de don Francisco, raptó del convento a doña Ana de Palafox el día siguiente al de sus votos. Era secretario del rey don Alfonso. Se fugó con ella a Roma, donde, tras un año de prisión, el papa Martín III (en realidad, se trataba de Martín V) concedió a doña Ana la dispensa de sus votos, y la bendición nupcial, por recomendación de don Juan Casanova, maestro del sagrado palacio y tío de don Jacobo". Así hablaba nuestro viajero de sus primeros antepasados de que tenía noticia, y lo más notable es que en las páginas de su autobiografía dedicadas a la estancia en España no habla nunca, ni siquiera en las que tratan de Zaragoza, de aquella apasionada pareja de la que heredó sin duda alguna su apasionado temperamento.

Cuando llegó a Madrid, el 19 de Noviembre de 1767, año de la expulsión de los jesuitas, Casanova tenía cuarenta y dos años, y, de acuerdo con la realidad y el sentimiento de su época, empezaba a sentirse viejo. Ello no impidió el que se enamorase de una deliciosa madrileña llamada doña Ignacia, hija de un hidalgo que ejercía de zapatero remendón para no tener, si se hubiera dedicado a confeccionar calzado, que tocar los pies de nadie, cosa a todas luces indigna de su sangre. Había entonces en España más de medio millón de hidalgos, y Madrid, corte de Carlos III, tenía alrededor de cien mil almas. Una vez conseguidos los favores de doña Ignacia, que era muy devota, en reñidísima pugna con su intransigente confesor, Casanova, que había sido presentado a la corte, pasó una temporada en el real sitio de Aranjuez, a donde ésta se había trasladado temporalmente y, en compañía de su todavía no enemigo, el pretendido conde Manuzzi, estuvo un par de días en Toledo.

Poco, pero muy sustancioso, es lo que Casanova cuenta de esta ciudad, en la que dice haber encontrado un muy decente alojamiento. Dice que vio a su entrada las ruinas de una naumaquia romana, es decir,

las del teatro, y habla de cómo el aurífero Tajo la rodea por dos lados, lo que no pareció llamarle mucho la atención. Al día siguiente, los dos amigos fueron al Alcázar, al que llama Louvre de Toledo y al que echa este piropo: "Su nombre majestuoso no debía tener otra vocal que la reina del alfabeto", elogio que Laforque —quien, a juzgar por otras intervenciones suyas en el texto, no debía de sentir simpatía por España— suprime en su falsificada edición.

Fueron acto seguido a la catedral, donde admiraron, dice, "el tabernáculo, en el que se lleva en procesión al Santo Sacramento el día del Corpus, tan pesado que se emplean treinta hombres para llevarlo". E informa de que el arzobispo de Toledo tenía trescientos mil escudos de renta anual, y su clero cuatrocientos mil.

Un canónigo les mostró los vasos que contenían reliquias, en uno de los cuales, le aseguró, se guardaban las treinta monedas que Judas había recibido como precio de la traición a su Maestro y, cuando le pidió que se las mostrase, el eclesiástico se escandalizó y le dijo que ni el mismo rey se habría atrevido a manifestar semejante curiosidad. Laforque se inventa una disculpa de Casanova que, aunque verosímil, pudo no haber dado el turista aunque supiese que en España no se jugaba con tan graves materias.

Al otro día, visitaron los venecianos el gabinete de física e historia natural, donde les mostraron un dragón y un basilisco disecados, lo que probaba sin lugar a dudas la existencia real de aquellos animales, tenidos ya por fabulosos. Casanova se alegró de poder reírse en aquel lugar no sagrado, cosa que no arrojó al dueño del gabinete, quien también le mostró un mandil de francmasón que es de suponer que estuviese allí como prueba del liberalismo del padre del informante, que había estado en una de las sesiones en que fue usado.

De lo demás que le sucedió a Casanova mientras estuvo en España, y de lo que ya le había sucedido, podrá informarse el lector —sin intervenciones deformadoras de mi parte— en la traducción y edición de los capítulos de sus memorias dedicados a nuestro país, en la que estoy trabajando ahora.

Par delicatesses
J'ai perdu ma vie.

J.A. Rimbaud.

DE ESTE LADO DEL ESPEJO

Memorias

Por Antonio FERNANDEZ MOLINA

VI. Algo así como el libro esencial

La lectura de buenos libros me despertó el deseo de escribir. Y comencé a tientos, totalmente aislado, haciendo versos. Mi conocimiento de la poesía era bastante precario. Algunos poemas publicados en libros de lecturas escolares y fragmentos intercalados en los textos. Principalmente fábulas y poesías de carácter pedagógico o como tal presentadas.

Tras de garrapatear algunos versos mal medidos, del primer intento que guardo memoria es de un largo poema de carácter bucólico. Allí intentaba poner en verso mis conocimientos de la agricultura y la experiencia de las estaciones del año. Los resultados fueron acordes con mi escasa inspiración y mi técnica prácticamente nula.

En casa de mi abuelo la cuadra acogía a dos yuntas de labor, una burra y un caballo. Aunque ayudara en las tareas auxiliares, la principal función del caballo era prácticamente decorativa. Hacía una hermosa estampa en esa casi Arca de Noé, pues en el recinto de la casa se albergaban bien diversas especies de animales domésticos, de pelo y pluma,

y en algunas dependencias hacían sus nidos las golondrinas, los aviones, los gorriones y los murciélagos.

Cuando se concluía de barbechar, mediada la primavera, antes o después, según hubiera llovido durante el invierno, las mulas y sus compañeros de cuadra disponían de largas semanas de asueto. Y en cuanto se levantaba el sol se les conducía a la nava, de hierba fresca y brillante, crecida hasta las rodillas, donde pastaban y hacía la media tarde, con el vientre bien abultado, se tumbaban plácidamente en el suelo.

Unos meses después, cuando tampoco era necesaria su ayuda para las tareas de la recolección, los animales disponibles salían a los rastrojos y comían hierbas verdes, nacidas al resguardo del sol y enredadas a las cañas de las pajas por debajo del corte de la

hoz, buena grama en las lindes y cirates y alguna espita caída a la espera de los pájaros, del ganado o de las espigadoras. Y se ahorra la cebada del pienso.

En muchas ocasiones estuve encargado de cuidar en el campo a las mulas mientras pastaban. Entonces disponía de horas en soledad y leía a mis anchas.

Pero también leí cuanto me era posible durante las tareas de recolección. Pasaba mañanas y tardes en el trillo pero enseguida alcancé la habilidad suficiente para atender a la lectura mientras daba vueltas sin salirme de la parva.

Siempre me acompañaba un libro. A veces lo llevaba entre el pecho y la camisa o sujeto con el cinturón. Y en cuanto me era posible lo abría en cualquier lugar.

Al principio era bien visto por

mi familia mi interés en la lectura, como una clara inclinación al estudio pero llegó un momento en que comenzara a inquietarles como un peligro que podría quitarme tiempo para trabajar en las materias habitualmente consideradas prácticas y positivas.

Comencé a estudiar el bachillerato en Guadalajara poco después de terminada la guerra. Y en mis primeras andanzas por la ciudad me detenía fascinado ante los escasamente surtidos escaparates de las librerías. De aquella época retengo en la memoria el título y la imagen de la cubierta del libro *Azorín, o la plasticidad*. A su autor, Gaspar Sabater, lo conocí y traté mucho durante mis años en Palma de Mallorca. Tenía un cargo en *La Hoja del Lunes*. Allí publiqué bastantes artículos sobre escritores españoles raros u olvidados y algunos

textos de difícil clasificación, más a propósito para revistas especializadas.

Con el hijo de Gaspar Sabater, de su mismo nombre, con Emilio García de Judizmendi y Miguel Ferrá, jóvenes escritores y poetas inquietos y bien preparados, hice la colección *Tamarindo* de poesía. Y entre los libros que se editaron, poco después de morir Miguel Labordeta, sacamos una *Pequeña Antología* suya que preparé, ilustrada con un dibujo de Cuixart. Pero de todo eso habré de hablar más adelante.

Recién llegado a Guadalajara tenía algunas pesetas en el bolsillo y mayor cantidad de entusiasmo y desorientación. Decidí comprar un libro. Me acerqué al mostrador de la librería y expuse mi deseo, sin pedir un título concreto. El librero y yo entablamos una seguramente deliciosa conversación. Con toda inocencia le introduje en una atmósfera diferente. No podía informarme pues eran muy escasos sus saberes y grande mi inexperiencia para explicarle mis deseos para mi conocidos con poca claridad.

El librero no pudo darme el libro que yo quería, cosa bien difícil pues, cual en un relato de Borges, era algo así como el libro esencial.

Cartas de un bravucón

JOSE DEL SAZ-OROZCO
NEOSONETOLOGO

"Athens, es la vida un instante que revienta ahora"

Querida Emebé, aquí me tienes., recién parido. He dado a luz un hermoso soneto, que pesó al nacer catorce estrofas, esto es, dicho sea en idioma anglosajón: dos cuartetos y dos tercetos, que no está mal. El parto ha sido normal, ya sabes, me encontraba fatal los días anteriores. Yo lo esperaba para luna llena, así que mi Deucalión, que así se llama el chiquillo, ha llegado con unas ganas enormes. Quince años de gestación, son muchos años, la cantidad de sobresaltos que en mi seno habrá soportado.

Como comprenderás, yo no puedo ocuparme de él, bastante tengo con mis clases y mis historias. Yo creo que debes cuidarlo tú, así que te lo mando. Empa-

drónalo en *La Voz del Tajo*. Ya sabes que los padrinos han de ser también, barbudos. El y ella. Veremos quien es la guapa que se

descubre. No sé, gordi, vete tú pensando algo, yo estoy ocupadísimo, Barbuda, te paso a la criatura.

DEUCALION, SONETO PRIMO EL BARBUDO

No digo mis esencias a lo loco, prefiero las miradas frente a frente, que me traten, SUPLICO, cual paciente corazón en la mano, y versos toco.

De madera, esos ojos yo revoco, ¿qué tendrán éstos?, huidizos "in mente", falsas caretas, rostro impenitente, triste sudario, PROVOCAN SOFOCO!

De máscaras reniego, y de mentiras, y alquimistas falseando la nitira, sóbranme, os incinero ya en mis piras.

Desenvainando la invisible espada, en el silencio cabalgo mis iras, y así os auyento al fin, no digo nada.

Yo me quedo con una foto del niño de cuerpo entero. Pienso ponerla en mi cubículo y en mis habitaciones particulares. Bueno, hermosa mía, que tengo que silbar un rato.

Recibe mordiscos en los meniscos de tu

PP



PARA ADELGAZAR

SABELIN

Composición de hierbas medicinales. No deja señales de Obesidad. Nunca perjudica. ¿Quiere convencerse? Pruebe tan sólo una caja. Pida folleto a Segalá, Rambla Flores, 14, Barcelona.

Venta en principales farmacias

LA LUNA
MODA

Sto. Tomé, 27
Tlf. 21 21 23 Toledo

ALMONEDA Y ANTIGÜEDADES

José María Núñez Narbona

Muralla de Bisagra, 1
(Junto Puerta Bisagra)

Teléfono: 22 38 23

TOLEDO

Francho Nagore

Un poema de "Purnas en a zenisa"

S'ESBAFAN AS OLORÍAS

S'esbafan as olorías d'albaca y madre selva
y en o mon lexanas esquillas s'ascuitan.
En nueis escuras se tresbaten os paxaros
y biellos pexes vuelan sobre l'olvido.
L'aire se machurre y as tardadas ploran,
porque l'azul se enfosca y se tornan grisos
os güellos de os ninos.
Sólo que os bitaus s'arriguen apriseta
con a trista y chiqueta riseta
de qui enzucra ra tierra
con os zaguers zeños de as boiras enchugarditas.
Os peitos s'afogan en fumateras royencas
y días d'antis más que parixen bibitos
tornan a embolicar todas as güelladas.
¡Cómo tortulan as fuellas de as figueras
a l'amparo de paretons biellizos
y de biegas queradas!
Rechiras libros leyitos
fa qui sabe cuántas d'añadas
y poemas amagatos en o polbo
escritos cuan a luz yera berda.
Fardachos antigos amanexen
y costeras emplitas
de felzes royos cabalgando
sobre esconchuntadas mosicas d'augua.
Allora ye
cuan toz os zielos s'esboldregan
y amonico s'esbafa lo fumo de as fogueras.
Esbols de falziños esturdezitos
se reflexan en o chelo de os tellatos,
raberás d'estrelas paxentan as carreras
y os ricuerdos nantan a acucutar
dezaga de as finestras
mientras un orache chupito de glarimas
sobate l'alma.

SE EVAPORAN LOS AROMAS

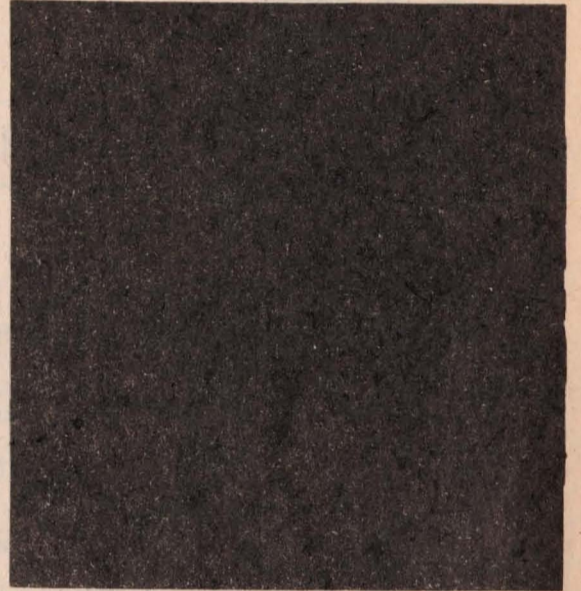
Se evaporan los aromas de albahaca y madre selva
y en el monte lejanas esquillas se escuchan.
En noches oscuras se pierden los pájaros
y viejos peces vuelan sobre el olvido.
El aire se mustia y los atardeceres lloran,
porque el azul se enturbia y se vuelven grises
los ojos de los niños.
Solamente las vides se rien de prisa
con la triste y pequeña sonrisa
de quien azucara la tierra
con los últimos gestos de las nubes juguetonas.
Los pechos se ahogan en humaredas rojizas
y días pasados que parecen vívidos
vuelven a envolver todas las miradas.
¡Cómo tiemblan las hojas de las higueras
al cobijo de paredes viejas
y de vigas carcomidas!

Buscas libros leídos
hace quién sabe cuántos años
y poemas escondidos en el polvo
escritos cuando la luz era verde.
Lagartos antiguos aparecen
y pendientes llenas
de helechos rojos cabalgando
sobre descoyuntadas músicas de agua.
Entonces es cuando todos los cielos se derrumban
y despacio se evapora el humo de las hogueras.
Bandadas de vencejos aturridos
se reflejan en el hielo de los tejados,
rebaños de estrellas apacientas las calles
y los recuerdos se apresuran a acechar
tras las ventanas
mientras un viento empapado de lágrimas
mueve el alma.

(Traducción del Autor)

Francho Nagore nació en Zaragoza en 1951. Ha publicado dos libros de poesía en aragonés: *Sospiros de l'aire* (1971) y *Cuitano agüerro* (1977). El autor de la Gramática de la lengua aragonesa (1977) y coautor de *El aragonés: identidad y problemática de una lengua* (1977). Estudioso de la poesía popular en aragonés: *Poemas de José Gracia* (1979), *A bida, a obra y a fabla de Cleto Torrodellas* (1981). Es director de la sección "Lenguas" de la Gran Enciclopedia Aragonesa, de la revista *Fuellas*, publicada bimestralmente en aragonés y presidente del Consello d'a Fabla Aragonesa.

Francho Nagore PURNAS EN A ZENISA



AFORISMOS

¡Qué distinto sería todo si en lugar de haber 3 personas en un solo Dios, hubiese 3 dioses aunque sólo fuese en una sola persona!

Un Dios con tres personalidades denota, en pura lógica humana, una mente paranoica, en extremo compleja y a la que la humanidad torpemente aspira.

El diablo, si acaso llega a Dios, ha de ser una divinidad, por lo menos, honesta, encarnando el mal y acarreado con esa responsabilidad sinceramente. Al diablo se le ve venir; sin embargo, este Dios judío actual nos confunde: es revolucionario y reaccionario a un tiempo, amante de la justicia y represión a la vez; tan poético y tan prosaico.

Por eso no os extrañe que los poetas no se confíen a un solo Dios, sino a los dioses.

Por eso, Fernando Pessoa, tan enemigo del monoteísmo, creó a sus heterónimos, desterrando de sí, de este modo, la figura de un genio dictador.

Sólo los poetas geniales como él tratarían, en su presencia, de usted a los dioses.



Sinagoga 8 ☎ 222097

Sinagoga 1 ☎ 221392

Plaza del Ayuntamiento 8
☎ 227716

TOLEDO

CARCAMA ESPECTACULOS

CONTRATACIONES ARTÍSTICAS
DE CASTILLA-LA MANCHA

OS INFORMAMOS QUE PODEIS
DISPONER DE NUESTROS SERVICIOS
Y ASESORAMIENTOS EN CUANTO A
CUALQUIER TIPO DE FIESTAS
PATRONALES Y CULTURALES ETC.
EN LO QUE CONCIERNE A

- CONCIERTOS DE ROCK
- SEMANAS CULTURALES
- FESTIVALES INFANTILES
- FESTIVALES DE NACIONALIDADES
- ORQUESTAS Y CONJUNTOS
- ESPECTACULOS DE VARIEDADES
- PASACALLES Y CHARANGAS
- FESTIVALES MUSICALES
- FESTIVALES DE MUSICA FOLK
- EQUIPOS DE SONIDO
- DISEÑO E IMPRESIÓN DE CARTELES
- CONTRATACION EN GENERAL

APARTADO DE CORREOS 463
TELÉFONO 210465
45080 TOLEDO

La mujer y la bolsa

ELENA F. ECHEVARRIA

Llevaba una tarde muda, sentada ya hacía mucho rato en el mismo banco oía a los trenes llegar, impuntuales como un reloj abandonado, y alejarse con una lentitud llena de humo. Ininterrumpidamente, grupos de personas llegaban a la estación. Fuera la tarde comenzaba a caer. Después de un caluroso día, la gente inconscientemente caminaba buscando las sombras. Sólo una mujer había llamado

mi atención, realizaba un paseo mecánico y se paraba de vez en cuando a meditar. Tras una de sus cavilaciones vino a sentarse ligeramente apartada de mí. Tenía deseos de hablar, y mientras ella pensaba como iniciar la conversación, miré su falda multicolor y su bata raída. Desprendía un penetrante olor que después de un rato dejé de percibir. Su rostro tenía arrugas profundas, sin duda había envejecido de golpe, no debía tener muchos más años que cualquiera de las mujeres que estaban por allí.

La escuché mirando sus hondos y tristes ojos grises.
—Se hace largo esperar ¿verdad?
—No me importa, me gustan las estaciones.

Con las manos metidas en los amplios bolsillos, movía ruidosamente unas monedas.
—Es muy caro el tren; he estado pidiendo aquí todo el día, y apenas me llega el dinero para volver a casa. Nunca me había encontrado así.

No me dirigía la mirada, la había posado en un punto lejano y probablemente su pensamiento flotara en otros años mejores en lo que se había sentido alegre con su suerte.

—Seis veces han operado a mi marido. El pobre no puede trabajar. Y mi pobre niña subnormal.

Me recorrió un escalofrío. De repente me pareció que no iba tan sucia. Volví a mirar su falda, ví unos sùtiles tonos anaranjados. Ví sus manos limpias, y descubrí que su olor era muy semejante al de una hoguera.

—El tren es muy caro. Esta mañana he subido sin sacar billete. Me ha descubierto el revisor, pero no me ha dicho nada: Me ha buscado un asiento, estaba muy cansada.

Se levantó, y de nuevo comenzó a recorrer el circuito del pasillo, puerta, andén, puerta, pasillo, andén...

Me había puesto triste. Cuando aparecía por la puerta, y dejaba proyectar su sombra junto a mí, se alteraba mi respiración. Luego una inquietante espera hasta que ella volvía a aparecer.

A partir de entonces fue como si el tiempo dejara de pasar, y el tren no pensara llegar en ese día; Sentía su desgracia, y como ella, salí a tomar el aire, e ideé mi propio circuito de desesperación.

Traté de reconstruir su vida, pero me faltaban muchos datos. Deseé que me viniera a contar algunas cosas, pero ahora, sentada con la cabeza entre sus manos, parecía estar transportada a otro lugar.

Traté de imaginar como sería mi vejez, pero no lo lograba. Me veía despreocupada y jovial. Traté de ser más realista, pero fue inútil.

Ella entabló conversación con una señora joven. Oí que debía tomar su mismo tren. Ese tren que no quería llegar.

Me senté de nuevo en un banco hasta que llegaron alborotadores mis amigos, y me rodearon. Traté de contarles las sensaciones de la tarde, pero no dejaban de reír. Comencé a reír yo misma, y entonces ví que ella nos observaba. Tuve miedo de un posible conjuro.

Y cuando pensaba que nunca ocurriría, llegó el tren. Ella pasó a nuestro lado y dijo algo que no entendí y mis amigos no advirtieron. Subió al tren, y desde la ventacilla seguía su mirada. El tren seguía sin moverse, y mis amigos se marcharon al bar. Me había quedado sola, iba a marcharme, pero en ese momento me llamó. No quería obsesionarme después pensando que es lo que quería haberme dicho, así que me acerqué.

—Por favor, me dijo. Corre mira si me he dejado una bolsa de plástico en aquellos bancos de allí.

En todo el día únicamente un tren se detenía en su apeadero, no podía arriesgarse a dejarlo perder.

Corrí entre la gente, miré apresurada y lo encontré.

Cuando me dí la vuelta, el tren comenzaba a caminar, nos dimos cuenta de que mi esfuerzo sería inútil. Ella me gritó:

—¡Guardala!, ¡Guardala!
Me hizo una señal de despedida.

Me asustaba la bolsa y lo que ella pudiera contener. No sentía deseos de abrirla, de repente había desaparecido de mi toda curiosidad.

Nuestro tren estaba a punto de llegar y dudaba si llevarme la bolsa o no.

Mis amigos se acercaron sonrientes, pusieron sus manos sobre mis hombros y me dedicaron una canción. Me sumé a su alegría, fui hasta el banco donde había encontrado la bolsa y allí la abandoné. Ella y su dueña no se me fueron de la memoria durante todo el viaje.



Dibujo de Alicia Solla.

J. Ramírez de San Bartolomé 2 obras en metacrilato



J. Ramírez de San Bartolomé expuso en la Casa de la Cultura de Talavera de la Reina una muestra de su obra en metacrilato, técnica singular, difícil y atractiva. La colección, compuesta por una treintena de cuadros, se mantuvo abierta al público desde el pasado 24 de mayo hasta el 12 de junio. El joven artista reside en San Bartolomé de las Abiertas. La mujer barbuda reproduce dos de estas obras, fieles reproducciones de dos famosas piezas artísticas.



LA MUJER BARBUDA

Director Gerente: José Retana
Jefe de Redacción: Amador Palacios.
Maquetador: Antonio Arriero
Colaboradores: Joaquín Benito de Lucas, Ángel Crespo, Antonio Fernández Molina, Francisco Leal, Francisco López, Charo Mayordomo, José Pedro Muñoz, Manuel Pacheco, Jesús Pino, Carlos de la Rica, Pablo Sanguino, José del Saz-Orozco, José Manuel Souza y Juan Carlos Valera.